

Cipriano entró en la sala de visitas deslumbrado, los pies ligeros, sin grillos. Después de casi cuatro meses viviendo en la húmeda penumbra de la celda, la luz del sol le dañaba los ojos, le ofuscaba. Y a en la escalera, por precaución, había entornado los párpados pero, al entrar en la pequeña sala, el sol brillando en los cristales le obligó a cerrarlos del todo. Era como si tuviera tierra dentro de ellos, como los del cadáver de *el Perulero* al ser desenterrado. Había oído cerrar la puerta y el silencio ahora era total. Poco a poco entreabrió los párpados y, entonces, divisó ante sí a su tío Ignacio. Sintió un sobresalto análogo al que experimentó de adolescente cuando su tío le visitó en el colegio. No le esperaba; su tío siempre le sorprendía. Ambos vacilaron, pero, finalmente, se abrazaron y se dieron la paz en el rostro. Se sentaron después, frente a frente, y su tío le preguntó si tenía los ojos enfermos. Vivía en la oscuridad, dijo, pero inmediatamente precisó, casi en la oscuridad, y la falta de luz y la humedad le lastimaban la vista. Tenía los bordes de los párpados enrojecidos e hinchados y su tío le prometió enviarle un remedio a través del alcaide. Luego le dio una buena nueva: le habían ascendido a presidente de la Chancillería, cosa esperada pues era el más antiguo de los diecisiete oidores. La Chancillería y el Santo Oficio tenían buena relación y había sido autorizado para visitarle. Cipriano posaba en él sus ojillos pitañosos, sonriente, cuando le felicitó. Esperaba de su tío una regañina, incluso no se había movido de la postura en que quedó al sentarse, a la expectativa, pero su tío Ignacio no parecía reparar en su situación. Le habló como si conversaran en su casa, como si nada hubiera cambiado desde la última vez que se vieron. Se había desplazado a Pedrosa y había encontrado a Martín Martín animado y con la labranza organizada. De momento, los labrantines y pegujaleros de los pueblos próximos no habían levantado el gallo lo que probaba que la fórmula utilizada para repartir la hacienda y subir los salarios a los jornaleros era civilizada y no perjudicaba a terceros. Tenía a su disposición su parte de la cosecha de cereales que había sido óptima y se esperaba, asimismo, de la viña un rendimiento superior al normal. Cipriano continuaba mirándole embobado, los ojos cobardes. Le conmovían las cortinas, los visillos, el pañito de encaje en que reposaba el candelabro, el feo cuadro de la Asunción de María sobre el sofá. Era como si hubiera abierto los ojos en un mundo distinto, menos hostil e inhumano. Su tío proseguía hablándole sin pausas, como si tuviera tasados los minutos de la visita. Ahora le contaba del almacén y del taller. Visitaba la Judería con alguna frecuencia, un par de veces al mes. El nuevo Maluenda le parecía, en efecto, trabajador y solvente. Se carteaba con Dionisio Manrique y en su última carta le decía que la flotilla de primavera, con su escolta, había llegado a Amsterdam sin novedad. En lo tocante al taller, Fermín Gutiérrez, el sastre, aparte su habilidad para el corte, había resultado un buen organizador, y los tramperos, pellejeros, curtidores, costureras y acemileros estaban satisfechos con los nuevos contratos. Cambió de conversación de improviso para decirle que la regla penitenciaria no imponía los andrajos como uniforme y que por el alcaide le enviaría también ropa nueva. A Cipriano le emocionaba su preocupación. Intentó darle las gracias pero su voz se quebró y sus ojos se llenaron de agua. Deseaba pedirle perdón antes de que se marchara, convencerle de su buena fe al unirse a la secta, pero cuando abrió la boca apenas se le entendió una palabra: *religión*. Al oírla su tío extendió el brazo y le puso una mano efusiva en el hombro: —Ése es el rincón más íntimo del alma —dijo—. Obra en conciencia y no te preocupes de lo demás. Con esa medida seremos juzgados.

De nuevo en su celda, la visita de su tío le dejó una sensación de irrealidad, como de algo ensoñado. No obstante, la llegada de ropa interior, un jubón, un sayo, unas calzas y el remedio para los ojos, le convenció de que su tío era algo real y tangible, como lo eran los visillos de la ventana, las cortinas, el pañito de encaje de la sala, o el cuadro de la Asunción.

La gente de Región ha optado por olvidar su propia historia: muy pocos deben conservar una idea veraz de sus padres, de sus primeros pasos, de una edad dorada y adolescente que terminó de súbito en un momento de estupor y abandono. Tal vez la decadencia empieza una mañana de las postrimerías del verano con una reunión de militares, jinetes y rastreadores dispuestos a batir el monte en busca de un jugador de fortuna, el donjuán extranjero que una noche de casino se levantó con su honor y su dinero; la decadencia no es más que eso, la memoria y la polvareda de aquella cabalgata por el camino del Torce, el frenesí de una sociedad agotada y dispuesta a creer que iba a recobrar el honor ausente en una barranca de la Sierra, un montón de piezas de nácar y una venganza de sangre. A partir de entonces la polvareda se transforma en pasado y el pasado en honor: la memoria es un dedo tembloroso que unos años más tarde recorrerá los estores agujereados de la ventana del comedor para señalar la silueta orgullosa, temible y lejana del Monje donde, al parecer, han ido a perderse y concentrarse todas las ilusiones adolescentes que huyeron con el ruido de los caballos y los carruajes, que resucitan enfermas con el sonido de los motores y el eco de los disparos, mezclado al silbido de las espadañas al igual que en los días finales de aquella edad sin razón quedó unido al sonido acerbo y evocativo de triángulos y xilófonos. Porque el conocimiento disimula al tiempo que el recuerdo arde: con el zumbido del motor todo el pasado, las figuras de una familia y una adolescencia inertes, momificadas en un gesto de dolor tras la desaparición de los jinetes, se agita de nuevo con un mortuorio temblor: un frailer rechina y una puerta vacila, introduciendo desde el jardín abandonado una brisa de olor medicinal que hincha otra vez los agujereados estores, mostrando el abandono de esa casa y el vacío de este presente en el que, de tanto en tanto, resuena el eco de las caballerías. Cuando la puerta se cerró -en silencio, sin unir el horror a la fatalidad ni el miedo a la resignación- se había disipado la polvareda; había salido el sol y el abandono de Región se hizo más patente: sopló un aire caliente como el aliento senil de aquel viejo y lanudo Numa, armado de una carabina, que en lo sucesivo guardará el bosque, velando noche y día por toda la extensión de la finca, disparando con infalible puntería cada vez que unos pasos en la hojarasca o los suspiros de un alma cansada, turben la tranquilidad del lugar. Medio centenar de personas, todo lo más: un par de veces cada década el vecino arruinado de Región, de Bocentellas o de El Salvador, despierta de su siesta y, sin esperar la orden del eco, descorre con inmutable indiferencia la persiana de canutos o los estores agujereados para observar la nube de polvo en el horizonte de un camino. Con los ojos cerrados su mano abre un cajón lleno de viejas fotografías amarillentas, borlones de seda y bandas de raso de una congregación desaparecida para extraer, de una vieja caja de frutas donde guarda los retazos, un pequeño trozo de cuerda satinado por el uso y anudado en varios puntos como un rosario, en el que, con un gesto diestro y rápido, hace una nueva cuenta cuando el sonido del motor alcanza sus oídos. Imperturbable reanuda la siesta que solamente suspende, dos o tres horas más tarde, para observar la maniobra que se ve obligado a hacer en una estrecha encrucijada del pueblo una tarde de cielo despejado, surcado de nubes hacia el oriente, un viejo, desvencijado y renqueante vehículo de motor, atestado de bultos cubiertos con lonas. En su mirada, a través del visillo, no hay curiosidad ni asombro ni esperanza, pero -al recostar de nuevo su cabeza en un respaldo comido por las ratas, al acariciar el brazo de terciopelo raído- no puede ocultar un destello de malicia y una cierta sonrisa de alivio cuando, al término de la calle y con el cambio de marcha, el sonido se sitúa en un indefinible descenso que parece preludiar su próxima desaparición y abrir el compás de silencio antes del redoble del destino. Nunca, ni en la ciudad abandonada ni en lugar alguno de la vega, se oye decir que ha pasado un coche en dirección a la Sierra; no se propaga el hecho ni el rumor corre, pero acaso el presentimiento se extiende --ese estado polar del aire y ese súbito aroma a pólvora virgen, salitre y algas marinas, esa repentina vitrificación del silencio en una mañana de otoño preparada a recibir al viajero., empavesada de augurios y muecas y susurros funerales- antes y después de que el ronquido de un motor, tranquilo, extratemporal, indiferente, incapaz de saber que en su propio jadear se acumulan sus últimos estertores, haya podido alterar la tranquilidad del valle.

Juan Benet, *Volverás a Región* (1967)

La última vez que vi a Miguel Desvern o Deverne fue también la última que lo vio su mujer, Luisa, lo cual no dejó de ser extraño y quizá injusto, ya que ella era eso, su mujer, y yo era en cambio una desconocida y jamás había cruzado con él una palabra. Ni siquiera sabía su nombre, lo supe sólo cuando ya era tarde, cuando apareció su foto en el periódico, apuñalado y medio  
5 descamisado y a punto de convertirse en un muerto, si es que no lo era ya para su propia conciencia ausente que nunca volvió a presentarse: lo último de lo que se debió de dar cuenta fue de que lo acuchillaban por confusión y sin causa, es decir, imbécilmente, y además una y otra vez, sin salvación, no una sola, con voluntad de suprimirlo del mundo y echarlo sin dilación de la tierra, allí y entonces. Tarde para qué, me pregunto. La verdad es que lo ignoro. Es sólo  
10 que cuando alguien muere, pensamos que ya se ha hecho tarde para cualquier cosa, para todo —más aún para esperarlo—, y nos limitamos a darlo de baja. También a nuestros allegados, aunque nos cueste mucho más y los lloremos, y su imagen nos acompañe en la mente cuando caminamos por las calles y en casa, y creamos durante mucho tiempo que no vamos a acostumbrarnos. Pero desde el principio sabemos —desde que se nos mueren— que ya no  
15 debemos contar con ellos, ni siquiera para lo más nimio, para una llamada trivial o una pregunta tonta (‘¿Me he dejado ahí las llaves del coche?’; ‘¿A qué hora salían hoy los niños?’), para nada. Nada es nada. En realidad es incomprensible, porque supone tener certidumbres y eso está reñido con nuestra naturaleza: la de que alguien no va a venir más, ni a decir más, ni a dar un paso ya nunca —para acercarse ni para apartarse—, ni a mirarnos, ni a desviar la vista. No sé  
20 cómo lo resistimos, ni cómo nos recuperamos. No sé cómo nos olvidamos a ratos, cuando el tiempo ya ha pasado y nos ha alejado de ellos, que se quedaron quietos. Pero lo había visto muchas mañanas y lo había oído hablar y reírse, casi todas a lo largo de unos años, temprano, no demasiado, de hecho yo solía llegar al trabajo con un poco de retraso para tener la oportunidad de coincidir con aquella pareja un ratito, no con él —no se me  
25 malentienda— sino con los dos, eran los dos los que me tranquilizaban y me daban contento, antes de empezar la jornada. Se convirtieron casi en una obligación. No, la palabra no es adecuada para lo que nos proporciona placer y sosiego. Quizá en una superstición, aunque tampoco: no es que yo creyera que me iba a ir mal el día si no compartía con ellos el desayuno, quiero decir a distancia; era sólo que lo iniciaba con el ánimo más bajo o con menos optimismo  
30 sin la visión que me ofrecían a diario, y que era la del mundo en orden, o si se prefiere en armonía. Bueno, la de un fragmento diminuto del mundo que contemplábamos muy pocos, como pasa con todo fragmento o vida, hasta la más pública o expuesta. No me gustaba encerrarme durante tantas horas sin haberlos visto y observado, no a hurtadillas pero con discreción, lo último que habría querido era hacerlos sentirse incómodos o molestarlos. Y  
35 habría sido imperdonable ahuyentarlos, además de ir en perjuicio mío. Me confortaba respirar el mismo aire, o formar parte de su paisaje por las mañanas —una parte inadvertida—, antes de que se separaran hasta la siguiente comida, probablemente, que tal vez ya era la cena, muchos días. Aquel último en que su mujer y yo lo vimos, no pudieron cenar juntos. Ni tan siquiera almorzaron. Ella lo esperó veinte minutos sentada a una mesa de  
40 restaurante, extrañada pero sin temer nada, hasta que sonó el teléfono y se le acabó su mundo, y nunca más volvió a esperarlo.

Javier Marías, *Los enamoramientos* (2011)

Me encontraba por aquel entonces en una situación singular, nueva para mí, que a ratos me sumía en el tedio y la ensoñación: había dejado la escuela y aún no tenía trabajo. O mejor dicho, lo tenía aplazado. Debido a cierta habilidad que yo mostraba desde niño para el dibujo, mi madre, por consejo y mediación de un joyero fundidor amigo suyo, el señor Oliart, había hecho gestiones para que me admitieran como aprendiz y recadero en un taller de joyería no muy lejos de casa; en el taller le dijeron a mi madre que no precisaban de otro aprendiz hasta dentro de diez meses por lo menos, pasadas las vacaciones del próximo verano, pero aun así ella decidió que el oficio de joyero era justo el que me convenía y se comprometió a mandarme al taller en la fecha acordada. Mi supuesta maña para dibujar y mi gusto por la lectura fueron determinantes en esa decisión: guiada ante todo por el sentido práctico —no podía pagarme estudios y en casa hacía falta otra semanada—, pero seguramente aún más por su intuición, mi madre—quiso encarrilar así un destino que ella preveía marcado por algún tipo de sensibilidad artística, dicho sea en su sentido más vago y prosaico. Sin embargo, por aquel entonces yo me sentía incapaz de asociar la joyería artística a mis inquietudes, y lo único que me gustaba, además de leer y dibujar, era vagar por el barrio y el parque Güell.

Solía juntarme en la taberna de la plaza esquina Providencia con dos chavales de mi edad, los hermanos Chacón, cuya desvergüenza y libertad de movimientos envidiaba secretamente. Eran precarios y confusos sus medios de vida, y también lo eran sus correrías por la barriada; liberados de la escuela mucho antes que yo, habían trabajado ocasionalmente como repartidores y de chicos para todo en colmados y tabernas, y ahora se les veía callejear todo el día. Nunca supe exactamente dónde vivían, creo que en una barraca de la calle Francisco Alegre, en lo alto del Carmelo. Los domingos vendían tebeos usados y sobadas novelas de quiosco a precios de saldo.

Corría el mes de noviembre y la pequeña plaza ensimismada y gris se cubría con las hojas amarillas de los plátanos, el frío se había anticipado y el invierno prometía ser duro. La gente transitaba deprisa y encogida, pero el señor Sucre iba siempre como sonámbulo, hablando solo y comportándose como si dudara de su propia existencia o como si temiera convertirse de pronto en un fantasma. Solía decir que, en días desapacibles y de mucho viento, tenía que echarse a la calle en busca de su propio yo extraviado. Y, en efecto, le veíamos rastreándose a sí mismo por las calles de Gracia con las manos a la espalda y la cabeza gacha, indagando en tabernas y farmacias y droguerías, en recónditas y polvorientas librerías de viejo y en humildes exposiciones de pintura, preguntando a la gente hasta dar con su nombre y sus señas. Y nos contaba a los Chacón y a mí que le costaba tanto volver a ser el que era, y que recibía tan poca ayuda, que a veces tenía ganas de mandarlo todo a paseo y resignarse a ser nadie tomando el sol tranquilamente sentado en un banco de la plaza Rovira. Pero lo más frecuente era verle buscándose ansioso y enrabiado en los sitios más inesperados, dicen que un día se paró ante el cuartel de la Guardia Civil de la Travesera y preguntó al centinela cuál era su nombre y domicilio —el suyo propio, no el del centinela—, y que éste se espantó y llamó a gritos al sargento de guardia y menudo follón se armó.

Juan Marsé, *El embrujo de Shangai* (1993)

## NOCHES DEL MES DE JUNIO

*A Luis Cernuda*

Alguna vez recuerdo  
ciertas noches de junio de aquel año,  
casi borrosas, de mi adolescencia  
(era en mil novecientos me parece  
5 cuarenta y nueve)  
porque en ese mes  
sentía siempre una inquietud, una angustia pequeña  
lo mismo que el calor que empezaba,  
nada más  
10 que la especial sonoridad del aire  
y una disposición vagamente afectiva.

Eran las noches incurables  
y la calentura.  
15 Las altas horas de estudiante solo  
y el libro intempestivo  
junto al balcón abierto de par en par (la calle  
recién regada desaparecía  
abajo, entre el follaje iluminado)  
20 sin un alma que llevar a la boca.

Cuántas veces me acuerdo  
de vosotras, lejanas  
noches del mes de junio, cuántas veces  
25 me saltaron las lágrimas, las lágrimas  
por ser más que un hombre, cuánto quise  
morir  
o soñé con venderme al diablo,  
que nunca me escuchó.  
30 Pero también  
la vida nos sujeta porque precisamente  
no es como la esperábamos.

Jaime Gil de Biedma

*LEANDRO y CRISPÍN que salen por la segunda izquierda.*

LEANDRO.-Gran ciudad ha de ser ésta, Crispín; en todo se advierte su señorío y riqueza.

CRISPÍN.-Dos ciudades hay. ¡Quisiera el Cielo que en la mejor hayamos dado!

5 LEANDRO.-¿Dos ciudades dices, Crispín? Ya entiendo, antigua y nueva, una de cada parte del río.

CRISPÍN.-¿Qué importa el río ni la vejez ni la novedad? Digo dos ciudades como en toda ciudad del mundo: una para el que llega con dinero, y otra para el que llega como nosotros.

LEANDRO.-¡Harto es haber llegado sin tropezar con la justicia! Y bien quisiera detenerme aquí algún tiempo, que ya me cansa tanto correr tierras.

10 CRISPÍN.-A mí no, que es condición de los naturales, como yo, del libre reino de Picardía, no hacer asiento en parte alguna, si no es forzado y en galeras, que es duro asiento. Pero ya que sobre esta ciudad caímos y es plaza fuerte a lo que se descubre, tracemos como prudentes capitanes nuestro plan de batalla, si hemos de conquistarla con provecho.

LEANDRO.-¡Mal pertrechado ejército venimos!

15 CRISPÍN.-Hombres somos, y con hombres hemos de vernos.

LEANDRO.-Por todo caudal, nuestra persona. No quisiste que nos desprendiéramos de estos vestidos, que, malvendiéndolos, hubiéramos podido juntar algún dinero.

CRISPÍN.-¡Antes me desprendiera yo de la piel que de un buen vestido! Que nada importa tanto como parecer, según va el mundo, y el vestido es lo que antes parece.

20 LEANDRO.-¿Qué hemos de hacer, Crispín? Que el hambre y el cansancio me tienen abatido, y mal discurro.

CRISPÍN.-Aquí no hay sino valerse del ingenio y de la desvergüenza, que sin ella nada vale el ingenio. Lo que he pensado es que tú has de hablar poco y desabrido, para darte aires de persona de calidad; de vez en cuando te permito que descargues algún golpe sobre mis costillas; 25 a cuantos te pregunten, responde misterioso; y cuanto hables por tu cuenta, sea con gravedad; como si sentenciaras. Eres joven, de buena presencia; hasta ahora sólo supiste malgastar tus cualidades; ya es hora de aprovecharte de ellas. Ponte en mis manos, que nada conviene tanto a un hombre como llevar a su lado quien haga notar sus méritos, que en uno mismo la modestia es necedad y la propia alabanza locura, y con las dos se pierde para el mundo. Somos los 30 hombres como mercancía, que valemos más o menos según la habilidad del mercader que nos presenta. Yo te aseguro que así fueras vidrio, a mi cargo corre que pases por diamante. Y ahora llamemos a esta hostería, Que lo primero es acampar a vista de la plaza.

LEANDRO.-¿A la hostería dices? ¿Y cómo pagaremos?

35 CRISPÍN.-Si por tan poco te acobardas busquemos un hospital o casa de misericordia, o pidamos limosna, si a lo piadoso nos acogemos; y si a lo bravo, volvamos al camino y saltamos al primer viandante; si a la verdad de nuestros recursos nos atenemos, no son otros nuestros recursos.

LEANDRO.-Yo traigo cartas de introducción para personas de valimiento en esta ciudad, que podrán socorrernos.

40 CRISPÍN.-¡Rompe luego esas cartas y no pienses en tal bajeza? ¡Presentarnos a nadie como necesitados! ¡Buenas cartas de crédito son ésas! Hoy te recibirán con grandes cortesías, te dirán que su casa y su persona son tuyas, y a la segunda vez que llames a su puerta, ya te dirá el criado que su señor no está en casa ni para en ella; y a otra visita, ni te abrían la puerta Mundo es éste de toma y daca; lonja de contratación, casa de cambio, y antes de pedir, ha de ofrecerse.

45 LEANDRO.-¿Y qué podré ofrecer yo si nada tengo?

CRISPÍN.-¡En qué poco te estimas! Pues qué, un hombre por sí, ¿nada vale? Un hombre puede ser soldado, y con su valor decidir una victoria; puede ser galán o marido, y con dulce medicina curar a alguna dama de calidad o doncella de buena linaje que se sienta morir de melancolía;

puede ser criado de algún señor poderoso que se aficione de él y le eleve hasta su privanza, y  
50 tantas cosas más que no he de enumerar. Para subir, cualquier escalón es bueno.  
LEANDRO.-¿Y si aun ese escalón me falta?  
CRISPÍN.-Yo te ofrezco mis espaldas para encumbrarte. Tú te verás en alto.  
LEANDRO.-¿Y si los dos damos en tierra?  
CRISPÍN.-Que ella nos sea leve. (*Llamando a la hostería con el aldabón.*) ¡Ah de la hostería!  
55 ¡Hola, digo! ¡Hostelero o demonio! ¡Nadie responde? ¿Qué casa es ésta?  
LEANDRO.-¿Por qué esas voces si apenas llamasteis?  
CRISPÍN.-¡Porque es ruindad hacer esperar de ese modo! (*Vuelve a llamar más fuerte.*) ¡Ah  
de la gente! ¡Ah de la casa! ¡Ah de todos los diablos!  
HOSTELERO.-(*Dentro.*) ¿Quién va? ¿Qué voces y qué modo son éstos? No hará tanto que  
60 esperan.  
CRISPÍN.-¡Ya fue mucho! Y bien nos informaron que es ésta muy ruin posada para gente  
noble.

Jacinto Benavente, *Los intereses creados*, 1907 (Acto I, cuadro primero, escena I)

Carne de yugo, ha nacido  
más humillado que bello,  
con el cuello perseguido  
por el yugo para el cuello.

5 Nace, como la herramienta,  
a los golpes destinado,  
de una tierra descontenta  
y un insatisfecho arado.  
Entre estiércol puro y vivo

10 de vacas, trae a la vida  
un alma color de olivo  
vieja ya y encallecida.  
Empieza a vivir, y empieza  
a morir de punta a punta

15 levantando la corteza  
de su madre con la yunta.  
Empieza a sentir, y siente  
la vida como una guerra  
y a dar fatigosamente

20 en los huesos de la tierra.  
Contar sus años no sabe,  
y ya sabe que el sudor  
es una corona grave  
de sal para el labrador.

25 Trabaja, y mientras trabaja  
masculinamente serio,  
se unge de lluvia y se alhaja  
de carne de cementerio.  
A fuerza de golpes, fuerte,

30 y a fuerza de sol, bruñido,  
con una ambición de muerte  
despedaza un pan reñido.  
Cada nuevo día es  
más raíz, menos criatura,

35 que escucha bajo sus pies  
la voz de la sepultura.  
Y como raíz se hunde  
en la tierra lentamente  
para que la tierra inunde

40 de paz y panes su frente.  
Me duele este niño hambriento  
como una grandiosa espina,  
y su vivir ceniciento  
revuelve mi alma de encina.

45 Lo veo arar los rastros,  
y devorar un mendrugo,  
y declarar con los ojos  
que por qué es carne de yugo.  
Me da su arado en el pecho,

50 y su vida en la garganta,



y sufro viendo el barbecho  
tan grande bajo su planta.  
¿Quién salvará a este chiquillo  
menor que un grano de avena?  
55 ¿De dónde saldrá el martillo  
verdugo de esta cadena?  
Que salga del corazón  
de los hombres jornaleros,  
que antes de ser hombres son  
60 y han sido niños yunteros.

« El niño yuntero », Miguel Hernández, 27 de febrero de 1937,  
*Ayuda, Semanario de la Solidaridad, Madrid.*

Ahora sé  
que estas calles nos han hecho solitarios  
y nuestro corazón  
tiene el pulso amarillo  
de las maderas lentas de un tranvía.

Sobre su cuerpo viejo  
andábamos despacio, de forma irregular,  
con una simetría parecida a los árboles.

Era hermoso acudir  
cada mañana  
y respetar la cita con la hiedra  
del muro,  
los ropajes cansados de las casas estrechas  
y de las calles sucias. Agradable  
cruzar sobre algún puente,  
detenerse lo exacto  
para ver cómo el agua discute en las orillas.

En su jardín olimos  
los primeros inviernos, su curso indefinido  
por entre las palmeras.  
Casi nadie pasaba,  
sólo había  
cuarenta sillas rojas  
de los bares cerrados y alguna soledad  
definitiva.

Durante muchos años,  
durante tantos días que pasaron  
el uno tras el otro,  
el deber era un cierto paseo solitario,  
la cita con un rumbo que sólo desviamos  
para pisar las horas que caían,  
los sueños que faltaban,  
la superficie helada de los charcos,  
para saltar los setos  
o besarnos las uñas moradas por el frío.  
Y llegando a la puerta solíamos comprar  
pequeños caramelos de nata o de violetas.

Entrábamos por fin para mezclarnos  
como cada mañana de la vida  
con el paso cansado, los azulejos fríos  
de un mundo hecho en latín  
y números romanos.

Ahora sé  
que en aquella ciudad deshabitada

la gente andaba triste,  
con una soledad definitiva  
llena de abrigos largos y paraguas.

Luis García Montero, *El jardín extranjero* (1983)

Cumplió Zenón su tiempo y salió de las cárceles, resuelto a poner por obra sus airados propósitos. Lo primero que determinó fue pegar fuego a la casa solariega que le pertenecía y de donde sus hermanos le habían expulsado con dolo. Aprovecharía las sombras de la noche y, disfrazado de pordiosero, oculto en un cobertizo, esperaría a que todos se entregasen al descanso, obstruiría bien las cerraduras de puertas y ventanas, y cuando estuviesen en el descuido del primer sueño, prendería las virutas impregnadas de resina, a fin de que todo ardiese como yesca. Así que las llamas subiesen muy altas y los clamores de los encerrados fuesen extinguiéndose -lo cual probaría que ya los tenía asfixiados el humo-, Zenón huiría, yendo a introducirse secretamente en su propia casa, donde la falsa mujer y el mal amigo estarían juntos. Zenón conocía bien las entradas y salidas y podía deslizarse y esconderse sin ser observado de nadie. Compró un puñal, porque a éstos deseaba verlos morir y saborear las convulsiones de su agonía.

Así que se puso el sol, vistió sus ropas de mendigo y, apoyado en un palo, tomó el camino de la casa que pensaba incendiar. Caminaba como el Destino, entre tinieblas más densas cada vez, cuando a una revuelta de la carretera advirtió cierta claridad misteriosa que alumbraba vivamente el paisaje, y se le aparecieron, juntas y cogidas de la mano, dos mujeres que formaban singular contraste.

Una era amarilla, escuálida, tan escuálida que los huesos se entreparecían bajo la seca piel; tenía palmas de esqueleto, y al través de los polvorientos crespones negros que la cubrían, se notaba que carecía de seno y de toda redondez femenil; con la mano derecha empuñaba y esgrimía reluciente hoz. La otra mujer era lozana, mórbida, colorada, blanca y de un rubio encendido los cabellos; vestía gasas de mil colores: rojo, verde, rosa, azul, aunque pegada al cuerpo llevaba una túnica negrísima. Zenón miraba a las dos apariciones, como preguntando qué le querían, hasta que ambas dijeron a una voz:

-Somos las Vengadoras y nos presentamos para que elijas, entre las dos, la que creas más eficaz.

-Yo -añadió la mujer escuálida- me llamo Muerte, y soy por ahora tu preferida. Has apelado a mí para vengarte de tus enemigos, y tienes resuelto carbonizar a los unos y coser a puñadas a los otros. Heme aquí dispuesta a complacerte sin tardanza; así como así, poco trabajo me cuesta darte gusto, porque es cuestión de adelantar los sucesos: año arriba o abajo, tus enemigos no podrán librarse de esta hoz que empuño.

-Escucha -intervino la lozana mujer-: antes de que te entregues a mi hermana, que te engatusará por lo sencillo y expeditivo de los recursos que emplea, atiéndeme a mí, y de seguro que yo seré la elegida. Para convencerte no necesito sino enseñarte los cuadros de mi linterna mágica. Abre los ojos y mira bien.

Zenón miró, y sobre el fondo blanco del paño que extendía la mujer hermosa, vio agitarse las siluetas de sus aborrecidos hermanos. El menor echaba a hurtadillas una pulgarada de polvos blancos en la taza del mayor, y el mayor, después de haber bebido lo que contenía la taza caía al suelo entre horrendas convulsiones; pero no moría; arrastrábase largo tiempo apoyado en un báculo, y en cada plato que le servía el menor, mezclaba nuevo tósigo, hasta que el envenenado se iba quedando imbécil, reducido a la idiotez y abandonado de todos y cubierto de miseria expiraba en un rincón. Así que moría, su espectro comenzaba a aparecerse en sueños al culpable, a quien Zenón veía erguirse en la cama, trémulo, con el pelo erizado y los ojos fuera de las órbitas. Cambió de personajes la linterna, y se destacaron las siluetas de la esposa y del amigo de Zenón: ella siguiendo a su querido como la sombra al cuerpo, abrasaba en celos rabiosos; él procurando huir, lleno de hastío, de aquella amante ya marchita por la edad y las pasiones. Escondíase él, o se pasaba el día en casa de otras mujeres, y ella lloraba, y sus lágrimas eran como gotas de fuego que abrasaban el paño donde caían. Ya cansado de que le espiasen y le acusasen, él se volvió y Zenón fue testigo de cómo el seductor de su mujer le ponía en el rostro la mano...

-Esta será mi obra -pronunció la Vida solemnemente- si no se atraviesa mi hermana y me apaga la linterna. Ahora, tú dirás, Zenón, cuál de nosotras dos te conviene para Vengadora. ¿Sigues con el propósito de incendiar y acuchillar? ¿Quieres que te ayude la Muerte?

-No -respondió Zenón, que se limpió una lágrima-. Si la crueldad y el odio aún persistiesen en mí, lo que pediría a tu hermana sería que tardase muchos, muchos años en pasar el umbral de mis enemigos, y que te dejase a ti paso franco.

-Con tanta más razón -dijo irónicamente la Muerte, algo despechada, pues al fin es mujer, y no gusta de que la desairen- cuanto que yo, tarde o temprano, no he de faltar, y que en mi danza general todos harán mudanza, sin que les valgan excusas.

\*\*\*

Zenón escribió a sus enemigos para advertirles que les perdonaba, y se retiró a un desierto, donde vive cultivando la tierra y sin querer ver rostro humano.

**Emilia Pardo Bazán, *Las dos vengadoras*. Al conde León Tolstoi, en *Cuentos nuevos* (1894)**

## « Defensa de Madrid »

Madrid, corazón de España,  
late con pulsos de fiebre.  
Si ayer la sangre le hervía,  
hoy con más calor le hierve.

5 Ya nunca podrá dormirse,  
porque si Madrid se duerme,  
querrá despertarse un día  
y el alba no vendrá a verle.  
No olvides, Madrid, la guerra;

10 jamás olvides que enfrente  
los ojos del enemigo  
te echan miradas de muerte.  
Rondan por tu cielo halcones  
que precipitarse quieren

15 sobre tus rojos tejados,  
tus calles, tu brava gente.  
Madrid: que nunca se diga,  
nunca se publique o piense  
que en el corazón de España

20 la sangre se volvió nieve.  
Fuentes de valor y hombría  
las guardas tú donde siempre.  
Atroces ríos de asombro  
han de correr de esas fuentes.

25 Que cada barrio, a su hora,  
si esa mal hora viniere  
-hora que no vendrá- sea  
más que la plaza más fuerte.  
Los hombres, como castillos;

30 igual que almenas, sus frentes,  
grandes murallas sus brazos,  
puertas que nadie penetre.  
Quien al corazón de España  
quiera asomarse, que llegue,

35 ¡Pronto! Madrid está lejos.  
Madrid sabe defenderse  
con uñas, con pies, con codos,  
con empujones, con dientes,  
panza arriba, arisco, recto,

40 duro, al pie del agua verde  
del Tajo, en Navalperal,  
en Sigüenza, en donde suenan  
4balas y balas que busquen  
helar su sangre caliente.

45 Madrid, corazón de España,  
que es de tierra, dentro tiene,  
si se le escarbara, un gran hoyo,  
profundo, grande, imponente,

50      como un barranco que aguarda...  
Sólo en él cabe la muerte.

**Rafael Alberti, *De un momento a otro*, 1937, (1934-39)**

El 27 de abril de 1939, justo el día en que Pere Figueras y sus ocho compañeros de Cornellá de Terri ingresaron en la prisión de Gerona, Rafael Sánchez Mazas acababa de ser nombrado consejero nacional de Falange Española Tradicionalista y de las JONS y vicepresidente de su junta Política; aún no había transcurrido un mes desde el hundimiento definitivo de la República, y todavía faltaban cuatro para que Sánchez Mazas se convirtiera en ministro sin cartera del primer gobierno de la posguerra. Siempre fue un hombre esquinado, soberbio y despótico, pero no mezquino ni vengativo, y por eso en aquella época la antesala de su despacho oficial hervía de familiares de presos ávidos de lograr su intercesión en favor de antiguos conocidos o amigos a los que el final de la guerra había confinado en las celdas de la derrota. Nada permite pensar que no hizo cuanto pudo por ellos. Gracias a su insistencia, el Caudillo conmutó por la de cadena perpetua la pena de muerte que pesaba sobre el poeta Miguel Hernández, pero no la que un amanecer de noviembre de 1940, ante un pelotón de fusilamiento, acabó con la vida de Julián Zugazagoitia, buen amigo de Sánchez Mazas y ministro de la Gobernación en el gabinete de Negrín. Meses antes de ese asesinato inútil, de regreso de un viaje a Roma en calidad de delegado nacional de Falange Exterior, su secretario, el periodista Carlos Sentís, le puso al día de los asuntos pendientes y le leyó la lista de las personas a las que había concedido audiencia para esa mañana. Bruscamente despierto, Sánchez Mazas se hizo repetir un nombre; luego se levantó, cruzó a grandes zancadas el despacho, abrió la puerta, se plantó en medio de la antesala y, escrutando las caras de susto que la abarrotaban, preguntó:

—¿Quién de ustedes es Joaquín Figueras?

Paralizado por el terror, un hombre de ojos de huérfano e indumentaria de viajante trató de contestar, pero sólo acertó a quebrar el silencio sólido que siguió a la pregunta con un borborigmo indescifrable, mientras introducía una mano desesperada como una garra en el bolsillo de su chaqueta. De pie frente a él, Sánchez Mazas quiso saber si era pariente de los hermanos Pedro y Joaquín Figueras. «Soy su padre», consiguió articular el hombre, con un tremendo acento catalán y un frenético cabeceo que ni siquiera amainó cuando Sánchez Mazas lo estrujó en un abrazo de alivio. Agotadas las efusiones, los dos hombres conversaron en el despacho durante unos minutos. Joaquín Figueras refirió que su hijo Pere llevaba mes y medio encerrado en la cárcel de Gerona, acusado sin pruebas, como otros jóvenes del pueblo, de haber tomado parte en la quema de la iglesia de Cornellá de Terri durante los primeros días de la guerra y de haber intervenido en el asesinato del secretario del ayuntamiento. Sánchez Mazas no le dejó terminar; salió del despacho por una puerta lateral y regresó al rato.

—Arreglado —proclamó—. Cuando vuelva usted a Cornellá se encontrará a su hijo en casa.

Figueras salió del despacho eufórico, y cuando bajaba las escaleras del edificio oficial notó un dolor lancinante en la mano y advirtió que todavía la llevaba metida en el bolsillo de la chaqueta, estrujando con toda su fuerza una hoja de papel arrancada de una libreta de tapas verdes en la que Sánchez Mazas había dejado constancia de la deuda de gratitud que le unía a sus hijos. Y cuando días después llegó a Cornellá y abrazó sin lágrimas a su hijo recién liberado, Joaquín Figueras supo que no había sido un error emprender aquel viaje de alucinación por un país devastado para ver a un hombre al que no conocía y al que hasta el final de sus días tuvo por uno de los más poderosos de España.

Javier Cercas, *Soldados de Salamina* (2001)



Me dicen que al parecer volcó un vaso de agua justo antes de morir, que lo tiró directamente al piso dando un manotazo brusco, ansioso, o que en el gesto medido pero impreciso del que quiere alcanzar algo que está en la mesa de luz, lo hizo rodar y el vaso se fue al suelo. No se sabe: puede que haya querido, si se sintió mal, sacar otra pastilla de la caja violeta o que, sin terminar de advertir que era plena tarde y el sol no faltaba en la ventana, haya querido prender la luz del velador. Más improbable es que haya tratado de alcanzar el teléfono, usar su última energía para marcar un número y dar aviso a alguien o pedir ayuda a alguien, olvidando que el teléfono nunca lo había tenido en la mesa de luz, o confundiendo esa habitación con otra en la que pudo haber estado en otro tiempo.

Nada de esto importa ahora. No son más que los detalles que se mencionan para poder agregar algo a la noticia lacónica, necesariamente escueta, de que un poco después del mediodía, solo en su casa, boca arriba, enroscado en las sábanas, Ledesma se murió. Me llaman y me lo dicen («Ledesma, Roque. Acaba de fallecer»), evitando la palabra muerte así como antes evitaban la palabra cáncer («Está enfermo, Roque, y no hay cura. Tiene la papa»). Se hace un silencio, porque nada digo, y empiezan los detalles. El vaso roto, el agua derramada, quién sabe qué quiso hacer en ese momento que es tan raro, o que uno puede suponer que es tan raro. Lo concreto es que se murió, y no se puede decir que no advirtió que se moría.

Me pasan los datos: lo velan esta noche («Tipo nueve, nueve nueve y media») en una de las dos casas velatorias de la ciudad («No, no, Vignazzi Hermanos no, la otra»), y después de eso no queda mucho más que empezar a hacerse a la idea de que a Ledesma ya no lo voy a volver a ver. El entierro es mañana a la mañana, pasadas las once.

Llega la noche, se hacen las nueve, y no voy al velatorio. Tampoco duermo ni me acuesto, no me entretengo, no me distraigo, simplemente no voy. Paso varias horas pensando en Ledesma y con eso me basta. En más de un momento vacilo y me pregunto si no debería estar ahí, entre coronas, con los deudos, con los que fueron amigos, con los compañeros. Todas las veces resuelvo que no, que mejor me quedo («Mejor no, para qué»), y entre una cosa y la otra me arrimo al ropero y del estante más alto bajo el bolso.

En el patio ya clarea. Levanto la persiana. Pongo en el bolso unas pocas cosas, las indispensables, me pregunto cómo será la expresión de la muerte en la cara de Ledesma, me pregunto si habré faltado al velatorio para no cruzarme con Verani. El bolso pesa poco: no va a hacer falta despacharlo a la bodega. Con un poco de apreturas puedo llevarlo arriba, conmigo, y al llegar me evito la espera delante de la cinta mecánica.

A la hija de Ledesma le avisaron anoche, por teléfono. Costó ubicarla, en la casa no estaba, del trabajo ya se había ido; y cuando por fin consiguieron hablar con ella y darle la mala noticia («Tu papá, Raquel. Es por tu papá»), ya era tarde para alcanzar el último vuelo del día. Por eso llega hoy, para el entierro, después de casi veinte años de no venir. Me pregunto si voy a faltar al entierro, como de hecho ya falté al velatorio, para no ver el momento en el que vuelvan a encontrarse Verani y la hija de Ledesma.

Son las ocho de la mañana.

Quisiera no haber visto del hombre, la primera vez que entró en el almacén, nada más que las manos; lentas, intimidadas y torpes, moviéndose sin fe, largas y todavía sin tostar, disculpándose por su actuación desinteresada. Hizo algunas preguntas y tomó una botella de cerveza, de pie en el extremo más sombrío del mostrador, vuelta la cara —sobre un fondo de

5 alpargatas, el almanaque, embutidos blanqueados por los años— hacia afuera, hacia el sol del atardecer y la altura violeta de la sierra, mientras esperaba el ómnibus que lo llevaría a los portones del hotel viejo.

Quisiera no haberle visto más que las manos, me hubiera bastado verlas cuando le di el cambio de los cien pesos y los dedos apretaron los billetes, trataron de acomodarlos y, en seguida, resolviéndose, hicieron una pelota achatada y la escondieron con pudor en un bolsillo del saco; me hubieran bastado aquellos movimientos sobre la madera llena de tajos rellenos con grasa y mugre para saber que no iba a curarse, que no conocía nada de donde sacar voluntad para curarse.

10

En general, me basta verlos y no recuerdo haberme equivocado; siempre hice mis profecías antes de enterarme de la opinión de Castro o de Gunz, los médicos que viven en el pueblo, sin otro dato, sin necesitar nada más que verlos llegar al almacén con sus valijas, con sus porciones diversas de vergüenza y de esperanza, de disimulo y de reto.

15

El enfermero sabe que no me equivoco; cuando viene a comer o a jugar a los naipes me hace siempre preguntas sobre las caras nuevas, se burla conmigo de Castro y de Gunz. Tal vez sólo me adule, tal vez me respete porque hace quince años que vivo aquí y doce que me arreglo con tres cuartos de pulmón; no puedo decir por qué acierto, pero sé que no es por eso. Los miro, nada más a veces los escucho; el enfermero no lo entendería, quizás yo tampoco lo entienda del todo: adivino qué importancia tiene lo que dijeron, qué importancia tiene lo que vinieron a buscar, y comparo una con otra.

20

Cuando éste llegó en el ómnibus de la ciudad, el enfermero estaba comiendo en una mesa junto a la reja de la ventana; sentí que me buscaba con los ojos para descubrir mi diagnóstico. El hombre entró con una valija y un impermeable; alto, los hombros anchos y encogidos, saludando sin sonreír porque su sonrisa no iba a ser creída y se había hecho inútil o contraproducente desde mucho tiempo atrás, desde años antes de estar enfermo. Lo volví a mirar mientras tomaba la cerveza, vuelto hacia el camino y la sierra; y observé sus manos cuando manejó los billetes en el mostrador, debajo de mi cara. Pero no pagó al irse, sino que se interrumpió y vino desde el rincón, lento, enemigo sin orgullo de la piedad, incrédulo, para pagarme y guardar sus billetes con aquellos dedos jóvenes envarados por la imposibilidad de sujetar las cosas. Volvió a la cerveza y a la calculada posición dirigida hacia el camino, para no ver nada, no queriendo otra cosa que no estar con nosotros, como si los hombres en mangas de

25 30 35

camisa, casi inmóviles en la penumbra del declinante día de primavera, constituyéramos un símbolo más claro, menos eludible que la sierra que empezaba a mezclarse con el color del cielo.

# I

Amanece.  
Se abre el poema.  
Las aves abren las alas.  
Las aves abren el pico.  
5 Cantan los gallos.  
Se abren las flores.  
Se abren los ojos.  
Los oídos se abren.  
La ciudad despierta.  
10 La ciudad se levanta.  
Se abren llaves.  
El agua corre.  
Se abren navajas tijeras.  
Corren pestillos cortinas.  
15 Se abren puertas cartas.  
Se abren diarios.  
La herida se abre.

Sobre las aguas se levanta niebla.  
Elevados edificios se levantan.  
20 Las grúas levantan cosas de peso.  
El cabrestante levanta el ancla.

Corren automóviles por las calles.  
Los autobuses abarrotados corren.  
Los autobuses se detienen.  
25 Abren las tiendas de abarrotes.  
Abren los grandes almacenes.  
Corren los trenes.  
Corre la pluma.  
Corre rápida la escritura.

30 Los bancos abren sus cajas de caudales.  
Los clientes sacan depositan dinero.  
El dinero forma depósitos.  
El dinero se deposita en aguas estancadas.

Varios puentes cruzan el río.  
35 Los trenes cruzan el puente.  
El tren corre por los rieles.  
El puente es de hierro.  
Corre el tiempo.  
Corre el viento.  
40 Traquetean los trenes.

De las chimeneas sale humo.  
Corren las aguas del río.  
Corre agua sucia por las cloacas.  
Las cloacas desembocan en el río.

45 Las gallinas cloquean.  
Cloc cloc hacen las gallinas.  
De la cloaca sale un huevo.

El río es hondo.  
El río es ancho.

50 Los ríos tienen afluentes.  
Los afluentes tienen cascadas.  
Los afluentes desembocan en el río.  
Las avenidas son anchas.  
La calle desemboca en la avenida.

55 El río desemboca en el mar.  
El mar es amplio.

Gonzalo Millán (1947-2006), *La ciudad*, Québec, 1979

## Canto sobre unas ruinas

Esto que fue creado y dominado,  
esto que fue humedecido, usado, visto,  
yace -pobre pañuelo- entre las olas  
de tierra y negro azufre.

5 Como el botón o el pecho  
se levantan al cielo, como la flor que sube  
desde el hueso destruido, así las formas  
del mundo aparecieron. Oh párpados,  
oh columnas, oh escalas.

10 Oh profundas materias  
agregadas y puras: ¡cuánto hasta ser campanas!  
¡cuánto hasta ser relojes! Aluminio  
de azules proporciones, ¡cemento  
pegado al sueño de los seres!

15 El polvo se congrega,  
la goma, el lodo, los objetos crecen  
y las paredes se levantan  
como parras de obscura piel humana.

Allí dentro en blanco, en cobre,  
20           en fuego, en abandono, los papeles crecían,  
el llanto abominable, las prescripciones  
llevadas en la noche a la farmacia mientras  
alguien con fiebre,  
la seca sien mental, la puerta  
25           que el hombre ha construido  
para no abrir jamás.

Todo ha ido y caído  
brutalmente marchito.

Utensilios heridos, telas  
30 nocturnas, espuma sucia, orines justamente  
vertidos, mejillas, vidrio, lana,  
alcanfor, círculos de hilo y cuero, todo,  
todo por una rueda vuelto al polvo,  
al desorganizado sueño de los metales,  
35 todo el perfume, todo lo fascinado,  
todo reunido en nada, todo caído  
para no nacer nunca.

Sed celeste, palomas  
con cintura de harina: épocas  
de polen y racimo, ved cómo  
la madera se destroza  
hasta llegar al luto: no hay raíces  
para el hombre: todo descansa apenas  
sobre un temblor de lluvia.

45 Ved cómo se ha podrido  
la guitarra en la boca de la fragante novia:

ved cómo las palabras que tanto construyeron,  
ahora son exterminio: mirad sobre la cal y entre el mármol deshecho  
la huella -ya con musgos- del sollozo.

**Pablo Neruda, *España en el corazón. Himno a la gloria del pueblo en la guerra*, 1937.**

## A Julia de Burgos

Ya las gentes murmuran que yo soy tu enemiga  
porque dicen que en verso doy al mundo tu yo.

Mienten, Julia de Burgos. Mienten, Julia de Burgos.  
La que se alza en mis versos no es tu voz: es mi voz ;  
porque tú eres ropaje y la esencia soy yo;  
y el más profundo abismo se tiende entre las dos.

Tú eres fría muñeca de mentira social,  
y yo, viril destello de la humana verdad.

Tú, miel de cortesanas hipocresías; yo no;  
que en todos mis poemas desnudo el corazón.

Tú eres como tu mundo, egoísta; yo no;  
que en todo me lo juego a ser lo que soy yo.

Tú eres sólo la grave señora señorona;  
yo no, yo soy la vida, la fuerza, la mujer.

Tú eres de tu marido, de tu amo; yo no;  
yo de nadie, o de todos, porque a todos, a todos,  
en mi limpio sentir y en mi pensar me doy.

Tú te rizas el pelo y te pintas; yo no;  
a mí me riza el viento, a mí me pinta el sol.

Tú eres dama casera, resignada, sumisa,  
atada a los prejuicios de los hombres; yo no;  
que yo soy Rocinante corriendo desbocado  
olfateando horizontes de justicia de Dios.

Tú en ti misma no mandas; a ti todos te mandan;  
en ti mandan tu esposo, tus padres, tus parientes,  
el cura, la modista, el teatro, el casino,  
el auto, las alhajas, el banquete, el champán,  
el cielo y el infierno, y el que dirán social.

En mí no, que en mí manda mi solo corazón,  
mi solo pensamiento; quien manda en mí soy yo.

Tú, flor de aristocracia; y yo, la flor del pueblo.  
Tú en ti lo tienes todo y a todos se lo debes,  
mientras que yo, mi nada a nadie se la debo.

Tú, clavada al estático dividendo ancestral,  
y yo, un uno en la cifra del divisor social,  
somos el duelo a muerte que se acerca fatal.

Cuando las multitudes corran alborotadas

dejando atrás cenizas de injusticias quemadas,  
y cuando con la tea de las siete virtudes,  
tras los siete pecados, corran las multitudes,  
contra ti, y contra todo lo injusto y lo inhumano,  
yo iré en medio de ellas con la tea en la mano.

Julia de Burgos (1914-1953), en *Poema en veinte surcos* (1938)



## La antología

¿tú eres  
la gran poetisa  
Susana Etcétera?  
mucho gusto  
5 me llamo Petrona Smith-Jones  
soy profesora adjunta  
de la Universidad de Poughkeepsie  
que queda un poquipsi al sur de Vancouver  
y estoy en la Argentina becada  
10 por la Putifar Comisión  
para hacer una antología  
de escritoras en vías de desarrollo  
desarrolladas y también menopáusicas  
aunque es cosa sabida que sea como fuere  
15 todas las que escribieron y escribirán en Argentina  
ya pertenecen a la generación del 60  
incluso las que están en guardería  
e inclusísimamente las que están en geriátrico  
pero lo que importa profundamente  
20 de tu poesía y alrededores  
es esa profesión –aaah ¿cómo se dice?–  
profusión de íconos e índices  
¿tú qué opinas del ícono?  
¿lo usan todas las mujeres  
25 o es también cosa del machismo?  
porque tú sabes que en realidad  
lo que a mí me interesa  
es no sólo que escriban  
sino que sean feministas  
30 y si es posible alcohólicas  
y si es posible anoréxicas  
y si es posible violadas  
y si es posible lesbianas  
y si es posible muy muy desdichadas  
35 es una antología democrática  
pero por favor no me traigas  
ni sanas ni independientes

Susana Thénon (1936-1990), *Ova completa* (1987).

Desayunaban en silencio. Él preparaba todo y lo hacía del modo que a Lola le gustaba. Tostadas de pan integral, dos frutas cortadas en trozos pequeños, mezclados y vueltos a dividir en una porción para cada uno. En el centro de la mesa el azúcar y el queso blanco; junto a la taza de café de ella, el dulce de naranja bajo en calorías; junto al café de él, el dulce de batata y el yogur.

5 El diario era de él, pero las secciones de salud y bienestar eran para ella y estaban dobladas junto a su servilleta, para cuando terminara de desayunar. Si ella lo miraba con el cuchillo de untar en la mano, él le acercaba el plato con tostadas. Si ella miraba fijamente alguna zona particular del mantel, él la dejaba estar, porque sabía que algo más estaba pasando, algo en lo que él no podía meterse. Ella lo miraba masticar, sorber el café, pasar las páginas del diario. Le

10 miraba las manos ya tan poco masculinas, blancas y finas, las uñas limadas con prolijidad, el poco pelo que le quedaba en la cabeza. No llegaba a grandes conclusiones ni tomaba decisiones al respecto. Solo lo miraba y se recordaba a sí misma datos concretos que nunca analizaba: «hace cincuenta y siete años que estoy casada con este hombre», «esto es mi vida ahora». Cuando terminaban el desayuno llevaban las cosas hasta la piletta. Él le acercaba el banco y ella

15 lavaba sentada. Era un banco que le permitía apoyar los codos sobre la bacha, así que casi no debía encorvarse. Él se hubiera ocupado de los platos sin problema, pero ella no quería deberle nada, y él la dejaba hacer. Lola lavaba despacio, pensando en el cronograma de la televisión de ese día y en su lista. La llevaba doblada en dos en el bolsillo del delantal de la cocina. Si estaba desplegada, una cruz blanca se dibujaba en el centro del papel. Sabía que pronto empezaría a

20 romperse. A veces, en días como ese, Lola necesitaba más tiempo, terminaba de lavar y no se sentía preparada para continuar con el resto del día, así que repasaba un rato la mugre que se juntaba entre el metal y el plástico de las cucharas pequeñas, las piedras de azúcar húmeda en la tapa de la azucarera, la base oxidada de la pava, el sarro alrededor de la canilla.

También, a veces, Lola cocinaba. Él le llevaba el banco hasta la cocina y disponía todo lo que ella pidiera. No es que ella no pudiera moverse, podía hacerlo si algo importante lo justificaba, pero desde que la columna y su agitación lo hacían todo tan difícil, ahorrraba esfuerzos para los momentos en los que él no pudiera ayudarla. Él se ocupaba de los impuestos, del jardín, de las compras y de todo lo que sucedía puertas afuera. Ella hacía una lista —otra lista, la de las

25 compras—, y él se limitaba a eso. Si faltaba algo debía volver a salir, y, si sobraba, ella preguntaba qué era y cuánto había costado.

A veces él compraba chocolatada, venía en polvo para preparar con leche, como la que tomaba su hijo antes de enfermarse. El hijo que habían tenido no había llegado a pasar la altura de las alacenas. Había muerto mucho antes. A pesar de todo lo que se puede dar y perder por un hijo, a pesar del mundo y de todo lo que hay sobre el mundo, a pesar de que ella tiró de la alacena

35 las copas de cristal y las pisó descalza, y ensució todo hasta el baño, y del baño a la cocina, y de la cocina al baño, y así hasta que él llegó y logró calmarla. Desde entonces él compraba la caja más chica de chocolatada, la de doscientos cincuenta gramos, la que viene en un envase de cartón, aunque no sea la opción más económica. No estaba en las listas, pero era el único producto sobre el que ella no hacía comentarios. Guardaba la caja en la alacena superior, detrás

40 de la sal y las especias. Era cuando descubría que la caja que había guardado un mes atrás ya no estaba. Nunca lo veía usar la chocolatada en polvo, en realidad, no sabía cómo terminaba acabándose, pero era un tema sobre el cual prefería no preguntar.

Comían productos sanos, elegidos atentamente por Lola frente al televisor. Todo lo que desayunaban, almorzaban o cenaban había tenido alguna vez su publicidad anunciando

45 vitaminas, bajas calorías o ausencia de ingredientes transgénicos. Las pocas veces que ella le encargaba un producto nuevo lo buscaba después entre todas las bolsas, y lo estudiaba junto a la ventana, a la luz natural. Estaba al tanto de qué debía o no contener un producto sano. Había buenos médicos y nutricionistas alertando de esto a la gente por televisión, como el doctor

Petterson del programa de las once. Si Lola encontraba algo sospechoso o contradictorio en las publicidades, llamaba al número de atención al cliente y pedía hablar con algún responsable. Una vez, a pesar de que con sus quejas no logró que la empresa le devolviera su dinero, recibió al día siguiente una caja con veinticuatro yogures de crema y durazno. Ya habían comprado los yogures para esa semana y las fechas de vencimiento le parecieron demasiado cercanas. Abría la heladera, veía los yogures y la angustiaba la cantidad de espacio que ocupaban. No se los comerían a tiempo, se echarían a perder y no sabía qué hacer con ellos. Se lo comentó varias veces a él. Le explicó las complicaciones esperando que él entendiera que había que hacer algo al respecto, algo que ya no estaba a su alcance. Una tarde el problema la sobrepasó. No sucedió nada en particular, simplemente entendió que ya no podría abrir la heladera y ver que los yogures seguían ahí. Merendó café solo, y aunque más tarde se sintió secretamente avergonzada por el enojo, todavía la indignaba no tener expectativas de ningún tipo de solución, ningún recurso propio para luchar. Cuando al fin él se llevó los yogures, ella no preguntó nada. Movi6 un banco hasta la heladera, donde trab6 la puerta abierta y, sentada, silbando apenas en los movimientos bruscos para disimular los ronquidos de su respiraci6n, aprovech6 para limpiar los estantes y reorganizar un poco las cosas que quedaban.

Samanta Schweblin, fragmento de “La respiraci6n cavernaria”, en *Siete casas vacías* (2015).

## NOTICIAS

Cuando la comedia humana se pone movida  
los periódicos  
abundan en golpes de estado, huelgas generales,  
crímenes, bodas, insurrecciones y muertes terribles.  
Del basurero de la historia no colman la medida.  
Sin embargo,  
¿quién consagró estos hechos?

Esta mañana el viento  
golpeó en algunas ventanas.  
Un hombre y un perro cruzaron la calle.  
María reclinó la cabeza a las tres de la tarde.  
Nadie contó estas verdades.

No hay sucesos pequeños.  
En el taller de mi esquina, cuando amanecía,  
un obrero puso en marcha un motor.  
Nadie habló de ese gesto oscuro.  
Pero a partir de entonces  
infinitas cosas se pusieron a funcionar a causa suya.  
Así, de simple y rico,  
y tan fecundo hacia distintas direcciones  
el menor movimiento de tu mano.

Joaquín O. Giannuzzi, *Señales de una causa personal*, 1977.

## Los sonetos de la muerte

### I

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,  
te bajaré a la tierra humilde y soleada.  
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,  
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

5           Te acostaré en la tierra soleada con una  
            dulcedumbre de madre para el hijo dormido,  
            y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna  
            al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

10          Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,  
            y en la azulada y leve polvareda de luna,  
            los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,  
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna  
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

(1914)

Gabriela Mistral, “Los sonetos de la muerte”, en *Desolación* (1922)

## Enero

Aún tengo el recuerdo de cuando enero era una experiencia nueva, parecida a asomarse desde el umbral a un campo abierto de felicidad. Ese campo podía estar sembrado de cardos, cubierto de pantanos o bien expandirse en una infinidad de pasto seco hasta un lejano bosque de espinos. Paisajes de Punta de Tralca y de San Carlos, en mi caso, pero los lugares son reemplazables según la experiencia de cada cual.

Un solo pensamiento podía perturbar fugazmente ese disfrute de las vacaciones incipientes: imaginarse los pasillos del colegio cerrado, las salas vacías, con los postigos echados y ese olor característicos que uno lleva hasta hoy adherido al inconsciente, un concentrado de tiza, de goma de borrar y de piso de tablas recién fregado con traperero.

Después vinieron otros eneros, los de los amores platónicos, un prolongado período en que uno anda a la deriva de cualquier encuentro, de cualquier cruce de miradas con una adolescente a la que ve por primera vez y a la que no se verá nunca más, pero cuya sola aparición basta para echar a andar una máquina fantasiosa y convencional. Recluidos en lo alto de un peñón o en decúbito dorsal sobre una cama a la hora de la siesta, condenados a la soledad por nuestra condición de púberes inexpertos, repasamos tantas veces el rol imaginario del ganador, del canchero, del propietario de un auto de lujo que pasa a buscar a la enamorada con el consiguiente deslumbramiento de sus familiares. Es curioso que en esos trances no nos figuremos como héroes nacionales ni como paladines de causas justas, sino tan sólo como burgueses triunfantes, epónimos de la escalada social.

Ni qué decir que los eneros de hoy no se parecen en nada a esos momentos. En un punto que media entre lo tarde y temprano, uno deja de ser un Adán y comienza a andar en contrarritmo con la vida en general. Ya no tiene amores platónicos. De los esteros, de los bofedales y de los caminos rurales sólo podría ofrecer, con poco entusiasmo, descripciones geográficas, sin que lo ligue a ellos emoción alguna. Lo mismo con las playas: siguen ahí, como han estado siempre, pero uno no considera que deba adornarlas con su presencia. Mi abuelo, cuando le insistían que fuera a la costa con el resto de la familia, cortaba el tema rápido: “Yo ya conocí”.

La gente juzga severamente estas actitudes, porque las vincula a la temida amargura. Pero hay que entender que el cansancio de los años es un fenómeno acumulativo y que se trata solamente de eso: cansancio. A cierta edad uno se da cuenta de que no hay para qué usar todas las libertades, y no quiere sino andar por las rutas conocidas, es decir, por las calles de su ciudad, y no por todas, sino por las que recomienda la rutina. En ese itinerario módico hallará todo lo que necesita: café, rostros, árboles familiares, la compañía distante de la multitud y hasta –quién sabe– encuentros inesperados que pudieras cambiarle el tono a la existencia.

## TENGO

Cuando me veo y toco,  
yo, Juan sin Nada no más ayer,  
y hoy Juan con Todo,  
y hoy con todo,  
vuelvo los ojos, miro,  
me veo y toco  
y me pregunto cómo ha podido ser.

Tengo, vamos a ver,  
tengo el gusto de andar por mi país,  
dueño de cuanto hay en él,  
mirando bien de cerca lo que antes  
no tuve ni podía tener.  
Zafra puedo decir,  
monte puedo decir,  
ciudad puedo decir,  
ejército decir,  
ya míos para siempre y tuyos, nuestros,  
y un ancho resplandor  
de rayo, estrella, flor.

Tengo, vamos a ver,  
tengo el gusto de ir  
yo, campesino, obrero, gente simple,  
tengo el gusto de ir  
(es un ejemplo)  
a un banco y hablar con el administrador,  
no en inglés,  
no en señor,  
sino decirle compañero como se dice en español.

Tengo, vamos a ver,  
que siendo un negro  
nadie me puede detener  
a la puerta de un dancing o de un bar.  
O bien en la carpeta de un hotel  
gritarme que no hay pieza,  
una mínima pieza y no una pieza colosal,  
una pequeña pieza donde yo pueda descansar.

Tengo, vamos a ver,  
que no hay guardia rural  
que me agarre y me encierre en un cuartel,  
ni me arranque y me arroje de mi tierra  
al medio del camino real.  
Tengo que como tengo la tierra tengo el mar,

no country,  
no jailáif,  
no tenis y no yacht,  
sino de playa en playa y ola en ola,  
gigante azul abierto democrático:  
en fin, el mar.

Tengo, vamos a ver,  
que ya aprendí a leer,  
a contar,  
tengo que ya aprendí a escribir  
y a pensar  
y a reír.  
Tengo que ya tengo  
donde trabajar  
y ganar  
lo que me tengo que comer.  
Tengo, vamos a ver,  
tengo lo que tenía que tener.

Nicolás Guillén